



## XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

# “Dejando el precepto de Dios, se aferran a la tradición de los hombres”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

**Lecturas:** Deuteronomio 4,1-2.6-8; Santiago 1,17-18.21-22.27; Marcos 7,1-8.14-15. 21-23

En este domingo se retoma la lectura del evangelio de Marcos, que se había interrumpido durante cinco domingos. Encontramos a Jesús en Cafarnaúm, en la ribera del lago, primero en diálogo tenso con fariseos y escribas, más tarde hablando sobre el mismo tema a la gente y finalmente con los discípulos “en casa”. El asunto era sobre la fidelidad a los mandamientos de Dios, de la que se ufanaban los fariseos y escribas. Estos últimos, llamados también “maestros de la Ley”, eran reconocidos por el pueblo como intérpretes autorizados de la Torá.

Como recuerda la primera lectura, Moisés había amonestado al pueblo sobre la importancia de aquellos “mandatos y normas”, a los que no deberían “añadir” ni “quitar” nada, “de modo que guarden los mandamientos de Yahvé su Dios ... porque ellos son su sabiduría e inteligencia a los ojos de los demás pueblos”. Se trataba fundamentalmente de los “Diez mandamientos”, el Decálogo, que Moisés había recibido de Dios en el Sinaí (Ex.20,1-17). Es verdad que ya –leemos en el Éxodo– Moisés había desarrollado toda una legislación sobre aspectos relacionados tanto al culto como a la vida cotidiana del pueblo. En tiempo de Jesús, se habían multiplicado las interpretaciones y preceptos –prohibiciones y obligaciones– de manera que, por un lado se había hecho muy complicada su observancia y, por otro, en muchas ocasiones se había acomodado el sentido original del mandamiento a

---

\* Ciclo B

intereses particulares de quienes lo interpretaban. Quedaba, no obstante, en la mentalidad mayoritaria que el cumplimiento de esas normas y preceptos constituía la garantía de pertenencia al pueblo de Dios y de una buena relación con Dios. De eso se trata en el episodio que hoy nos propone la lectura.

Es posible que el texto de Marcos refleje ya la tensión que viven las primeras comunidades cristianas con el judaísmo del que iban desprendiéndose; pero expresa bien la actitud de Jesús mismo respecto a lo que constituye la verdad de una auténtica relación con Dios, tanto para judíos como para paganos. La controversia es con “los fariseos, así como algunos escribas venidos de Jerusalén”, una manera de subrayar que se trata de una confrontación con el núcleo central del judaísmo de su tiempo. El asunto de las “purificaciones” era muy importante, se refería no sólo a una cuestión de higiene, sino de pureza ritual de la persona. La crítica de los fariseos: “¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados?” La respuesta de Jesús introduce una distinción fundamental: “Dejando el precepto de Dios, se aferran a la tradición de los hombres”, Lo que realmente importa como criterio es el precepto de Dios, la voluntad de Dios, que es preciso discernir y concretar en la diversidad de los tiempos –los “signos de los tiempos”– con fidelidad y rectitud para no hacer de nuestra interpretación una justificación religiosa de nuestra voluntad e interés. Con la referencia a Isaías, Jesús quiere dejar bien establecido que la buena relación con Dios no consiste en “los labios”: fórmulas, ritos y costumbres, “que son preceptos humanos”, sino en la fidelidad de “su corazón”.

En el evangelio de Juan, dialogando con la mujer samaritana sobre en qué templo se manifestaría el auténtico culto a Dios, Jesús había aclarado: “ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad” (Jn.4,21.23). Jesús mismo, auténtico creyente y orante, nos previene de no orar “como los hipócritas... para ser vistos por los hombres”, “ni hablen mucho como los gentiles”, sino “en lo secreto”, invocando a Dios como “Padre nuestro, santificado sea tu nombre, que se haga tu voluntad...” (Mt. 6,5-12). Hoy, que vivimos en un contexto cultural más secularizado, nos encontramos desafiados a descubrir el sentido de la oración y de la adoración a Dios al estilo de Jesús, en medio de la vida cotidiana, en “lo secreto” de nuestro corazón, así como en la sencillez de nuestras asambleas litúrgicas.

También entre nosotros, en la larga historia secular de la Iglesia, se han ido acumulando tradiciones, normas, costumbres y devociones, que respondieron a circunstancias históricas muy concretas, pero que se quedaron sacralizadas superponiéndose y a veces ocultando el verdadero sentido del evangelio. La lectura de hoy invita a retomar la libertad de Jesús para recentrar nuestra religiosidad en lo

que constituye el núcleo del evangelio, no sea que nos aferremos a tradiciones humanas olvidando el precepto de Dios.

El texto continúa en otro escenario, con otros interlocutores –“la gente” y “los discípulos”– pero en el fondo con el mismo tema. Y les dijo: “Escúchenme todos y entiendan”. La auténtica relación con Dios, y con las personas, se juega en el interior del ser humano: “de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas” y enumera una serie de actitudes diversas, que hacen daño a las personas y por eso son “malas”. Lo que hace daño a los demás, eso es lo que realmente contamina ante Dios. Jesús sitúa en “el corazón”, es decir en la conciencia misma del ser humano, no en las leyes o normas impuestas desde fuera, la fuente de la moralidad. La buena relación con Dios reclama y se expresa en una conducta moral que evita lo que hace daño al prójimo y procura lo que hace bien, lo que promueve la vida buena de las personas y de los pueblos.

En este domingo comienza la lectura de la carta de Santiago, así llamada pese a no tener propiamente la estructura y el estilo de una carta; más bien parece una exhortación o prédica con indicaciones morales muy precisas para la vida cotidiana y para la comunidad. Suele atribuirse a Santiago, “el hermano del Señor”, figura importante en la Iglesia de Jerusalén. En ella encontramos frecuentes alusiones a textos del Primer Testamento, lo que hace pensar que surge y se dirige a comunidades cristianas de origen judío (judeocristianas). Los versículos seleccionados en la lectura ofrecen una secuencia: la fe que recibimos es un don “que viene de lo alto, desciende del Padre de las luces”; hay que “recibir con docilidad la palabra sembrada en ustedes”, “pongan por obra la palabra y no se contenten con oírla, engañándose a ustedes mismos. Concluye con una concreción bien precisa: “La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo”. Sin duda, en la misma perspectiva que Jesús enseñó. La fidelidad a Dios se vive en la compasión y en el servicio a las personas más débiles y desamparadas.